

Desacuerdos federales y republicanos. Una entrevista con Gordon Wood

Jason Willick

Gordon S. Wood (1933) es un historiador del siglo de la Revolución Americana, profesor en Brown, sita en Providence, Rhode Island, y autor de títulos como *The Creation of the American Republic, 1776-1787* (1969), *Representation in the American Revolution* (1969), *Revolution and the Political Integration of the Enslaved and the Disenfranchised* (1974), *The Radicalism of the American Revolution* (1991), *The American Revolution: A History* (2002) *The Americanization of Benjamin Franklin* (2004), *Revolutionary Characters: What Made the Founders Different* (2006), *Empire of Liberty: A History of the Early Republic, 1789-1815* (2009), *The Idea of America: Reflections on the Birth of the United States* (2011) y *Friends Divided: John Adams and Thomas Jefferson* (2017). En 2008 vio salir de la imprenta su libro *The Purpose of the Past. Reflections on the Uses of History*. Jason Willick lo entrevistó para *The Wall Street Journal*, de cuya edición del 3 y 4 de marzo de 2018 se tomó esta pieza. Nota y traducción de Antonio Saborit.

Lo han llamado el “decano de los historiadores estadounidenses del siglo XVIII”, pero la cima de la fama de Gordon Wood es que se le menciona una vez en una película con Matt Damon. En una escena de cantina en *Mente indomable* (*Good Will Hunting*, 1997), un arrogante estudiante de posgrado de Harvard diserta en un duelo por impresionar a un par de mujeres. El personaje de Damon, un prodigio de la clase trabajadora, lo interrumpe para soltarle: “El año próximo aquí van a estar regurgitando a Gordon Wood, hablando, saben, de la utopía prerrevolucionaria y de los efectos de la formación de capital en la movilización militar”.

Wood dice que un estudiante le dijo lo de la mención inmediatamente después del estreno de la película en Cambridge, Massachusetts. Pero le gusta señalar que él no es el historiador que más admira el personaje de Damon: “Si quieres leer un verdadero libro de historia, lee *La otra historia de los Estados Unidos* de Howard Zinn”, dice Damon en otra escena: “Ese libro te va hacer volar los sesos”.

Y la verdad es que, en la actualidad, el pomposo estudiante de posgrado muy probablemente citaría la invectiva de Zinn contra Estados Unidos mejor que la obra de Wood. “Se me tiene como alguien en el lado equivocado”, me dice Wood, con energía y alerta a sus 84 años de edad, a la hora del almuerzo en el comedor de profesores de Brown, donde es emérito. “Hoy la historia de Estados Unidos es un relato de opresión y congoja. Y si no lo dices...”, y al decirlo baja los hombros.

En 1955, Wood obtuvo su licenciatura en Tufts, realizó su servicio militar en la Fuerza Aérea en Japón —“tuve suerte, estuve de entre dos guerras”— y en 1958 se inscribió al programa del doctorado en historia de Harvard. Tenía la esperanza de estudiar con Arthur Schlesinger, Jr., pero este último estaba metido en la campaña presidencial de Kennedy. Wood se inscribió en un seminario con Bernard Bailyn, un historiador de los tiempos tempranos de Estados Unidos que acababa de obtener su plaza, y nunca volvió la vista atrás.

Al cabo de seis décadas de estudiar la etapa colonial, la Revolución y la Fundación, Wood ha acumulado virtualmente todos los premios asequibles a los historiadores: el premio Bancroft por *The Creation of the American Republic*, un Pulitzer por *The Radicalism of the American Revolution* y la National Humanities Medal que en 2010 le otorgó el presidente Barack Obama.

Pero conforme ascendía su estrella, su campo de estudio sufrió un portentoso desplome en medio del contragolpe de finales del siglo XX contra los “hombres blancos muertos”. Los expertos en la época de la Revolución se jubilaron y no los reemplazaron. La historia social —las relaciones de los grupos marginales “desde abajo”— ganó prestigio. En 2016, el *New York Times* informó que en la década anterior las universidades sólo anunciaron 15 nuevos puestos de trabajo para los historiadores de la política de Estados Unidos del tipo que fuera.

“Entiendo lo que hacen y es importante”, dice Wood de los historiadores sociales. “De la esclavitud hoy sabemos más de lo que nunca se supo”. Pero sostiene que la literatura académica se ha desequilibrado, olvidándose de temas cruciales, incluyendo las divisiones políticas que dieron forma a la primera república. “No es que no se equivocaran matando indígenas y



con respecto a la esclavitud, pero asimismo sucedieron otras cosas, y de lo que se trata es de cuáles enfatizas”.

Wood describe la actitud de algunos de estos académicos: “Quiero mostrar lo mal que estaban las cosas para que la gente despierte y hoy haga algo al respecto”. Muchos estadounidenses en cambio se desentienden. Hartos de “un relato de opresión tras otro”, se vuelven hacia los historiadores populares, muchos de los cuales no tuvieron una formación específica como historiadores.

Mientras tanto, numerosos académicos se encierran en subespecialidades más estrechas y en un lenguaje esotérico. Hoy día, dice, la historia profesional es “casi como una ciencia”, en el sentido de que resulta incomprensible para el lego. Pero mientras que los “físicos nos pueden mostrar lo que han hecho” por medio de la elaboración de aplicaciones para el mundo real, el trabajo del historiador está solo. Los historiadores tienen la responsabilidad de hacerlo vívido y significativo para el público amplio.

¿Qué sucede cuando los historiadores abdican de esta responsabilidad? De entrada, la falta de una perspectiva histórica puede conducir a un pensamiento apocalíptico sobre el presente. “La historia en ese sentido es consoladora”, dice Wood. “Te saca de la montaña rusa de las emociones en cuanto a que éste es el mejor y el peor de los tiempos”.

El libro más reciente de Wood, *Friends Divided: John Adams and Thomas Jefferson*, es un ejemplo. El antagonismo entre los federalistas de Adams y los republicanos de Jefferson en la década de 1790 fue mucho más esencial, y por tanto más amenazador, que el actual partidismo: “Yo creo que sobreviviremos con facilidad”, dice Wood.

En cambio, Adams, Jefferson y sus coaliciones estuvieron a punto de matar a la República en su cuna. No estaban de acuerdo ni siquiera en que si la nueva República debía o no ser democrática. Jefferson tenía una fe romántica en la democracia y en la sabiduría de la gente común y corriente; Adams predijo: “la democracia destruirá inefablemente toda civilización”.

La visión de Jefferson era parcialmente egoísta. “La dirección del Partido Republicano, que es el partido popular, está en los esclavistas sureños”, dice Wood. “Ellos no le temen al pueblo”, pues la aristocracia gentrificada controlaba efectivamente el resultado de las elecciones. Jefferson era semejante al “liberal de limusina” de hoy, en el sentido de que estaba lejos de las políticas que promovía. (En su momento, sus ideas resultaron potentes para discutir contra la esclavitud.) Mientras tanto, los federalistas de Adams “vienen de Nueva Inglaterra en donde tienes sociedades más igualitarias, más democráti-



cas”, dice. “Pero por esa misma razón, los dirigentes le tienen más miedo al populismo, a la democracia”.

Lo anterior podría hacer sonar a Adams como un miembro del *establishment* actual. Pero algunas de sus otras ideas resultarían más gratas para populistas como Donald Trump. Adams le dijo a Jefferson, en la paráfrasis de Wood: “Usted le teme al monarca ‘único’, yo le temo a ‘los pocos’, esto es, a los aristócratas”. Adams sostenía que el control de parte de los oligarcas era una grave amenaza a la libertad. “Es su manera de justificar al Ejecutivo fuerte que actuará como contrapeso de los pocos”, dice Wood. Adams quería que el Ejecutivo contara con algunos de los poderes de la Corona.

Tal cosa era un anatema para Jefferson, cuya misión en la vida era “eliminar la Monarquía y todo lo que implicaba, esto es, el gobierno hereditario, la jerarquía y la corrupción”. A su alrededor veía “un mundo de privilegio en el que se abusa de la gente común y corriente... Desde nuestro punto de vista, Jefferson resulta muy simpático puesto que está destruyendo ese mundo”, dice Wood.

Los federalistas temían que la visión niveladora de Jefferson resultara destructiva para las instituciones mediadoras. Wood cita un libro reciente del politólogo Patrick J. Deneen, *Why Liberalism Failed*, el cual sostiene que el compromiso de Occidente con la autonomía individual —tanto en los mercados como en la cultura— ha minado las conexiones comunales, dejando aislada y sola a la gente. Ése era el temor de los federalistas, “este mundo horrible en el que el individuo está solo y sin ningún tipo de conexión con nadie”.

Uno más de los desacuerdos entre Jefferson y Adams que sigue reverberando hoy en día es lo que llamamos el “excepcionalismo de Estados Unidos”, la idea de que “hemos trascendido la usual definición de nación y de que teníamos una responsabilidad especial en el mundo para promover nuestra forma de vida”. Jefferson la creía en serio. Él pensaba que la “guerra la causan los monarcas” y que las “repúblicas son naturalmente pacíficas”, de suerte que la paz llegaría si se adoptaba en todas partes el modelo de Estados Unidos. En ese sentido, se parecía mucho al liberal internacionalista de hoy mismo y a los neoconservadores. Para Adams, en cambio, Estados Unidos era “tan pecador, tan corrupto como otras naciones” —una visión que los presidentes Trump y Obama en ocasiones han repetido de diversas formas.

La comparación más emotiva, sin embargo, está en la amarga división. Durante buena parte de la década de 1790, ni los federalistas de Adams ni los republicanos de Jefferson “aceptaron la legitimidad del otro”, dice Wood. “Y desde luego, los federalistas nunca pensaron que ellos fueran un partido. Eran



el gobierno”, y los republicanos de Jefferson una malvada facción que trataba de derrocar al gobierno. Los republicanos, por su parte, “pensaban que los federalistas nos estaban convirtiendo en una Monarquía y que estaban echando hacia atrás a la Revolución Americana”.

Hoy escuchamos mucho sobre la similitud de la retórica apocalíptica, pero buena parte de ella es cínica y deliberadamente exagerada. Lo notable de la década de 1790, enfatiza Wood, es hasta qué punto cada partido pensaba que el otro planteaba una amenaza existencial.

Las diferencias llegaron al punto de dividir a los estadounidenses sobre la Revolución Francesa, la cual, para Jefferson, vindicaba su idea sobre la liberación del hombre mientras que para Adams confirmaba sus temores sobre cómo podía partirse una sociedad. Los federalistas sostenían que los republicanos se habían coludido con Francia —y a diferencia de las actuales escaramuzas sobre la interferencia rusa, entonces había un temor agudo de una invasión y de una deserción en masa—. En Filadelfia, la capital, se dio la violencia organizada, una ciudad capital que a los ojos de los federalistas “parecía estar dominada por todos estos franceses”. El aterrador congreso federalista promulgó las actas de Extranjeros y Sedición para suprimir la disensión. “Estuvimos cerca de una guerra civil en 1789”, dice Wood. “No sucedió, y por lo tanto los historiadores no toman el asunto en serio”.

Al caos se sumaron los planes imperiales de Alexander Hamilton. “Hamilton está lleno de visiones de lo que ha de hacer con su ejército”, dice Wood. Hamilton está por “ir tal vez a México y se ha de aliar con algunos de los dirigentes de Sudamérica” en una gran alianza anti-francesa.

En una carga sobre la historia popular, Wood dice que el musical *Hamilton* ofrece una imagen “distorsionada” de un hombre que en realidad era una “figura napoleónica” antiliberal: “Las cosas llegaron a un punto en el que Hamilton estuvo a punto de enviar un ejército a Virginia”, el baluarte republicano.

En la campaña de 1800, los aliados de Adams vieron a Jefferson en buena medida como 216 años después vieron a Donald Trump sus oponentes, “causando problemas” y “destruyendo a los dirigentes legítimos”. Jefferson ganó y Adams declinó asistir a la ceremonia inaugural de su sucesor —el único desaire, hasta hoy, en la historia—. La transferencia de po-



deres fue tan crucial que Jefferson la llamó la “Revolución de 1800”. En ese momento, señala Wood, los federalistas “asumen que Jefferson fracasará a tal grado que en un abrir y cerrar de ojos ellos volverán al poder”. Lo que asumieron estaba errado: los federalistas nunca volvieron a ganar la presidencia y desaparecieron del todo en 1820.

Un tema a lo largo de toda la obra de Wood es que la mayoría de los Padres Fundadores que llegaron al siglo XIX terminaron teniendo reservas sobre la sociedad que habían creado. Los federalistas lamentaban los excesos de la democracia, la cual minaba sus aspiraciones por una política deliberativa clásica. “La gente empezó a decir: miren, si no cuento con personas como yo en el gobierno, no tengo confianza”, dice Wood. “No se confía en la gente que no es como uno y eso es lo que alimenta el antielitismo”, el cual hoy en día asume las formas del populismo y de la política identitaria.

En cuanto a los republicanos, el gobierno federal creció a niveles que ellos nunca imaginaron. Hoy en día, el gobierno limitado se asocia con el conservadurismo, “mientras que al final del siglo XVIII se trata de la postura radical”. Jefferson pensaba que un Estado fuerte habría de exacerbar el privilegio inmerecido y que llevaría a la Monarquía. Sin embargo, el actual gobierno en expansión de Estados Unidos —el Estado benefactor adentro y afuera el militar— en buena medida existe para promover los valores jeffersonianos de la igualdad y el excepcionalismo americano.

Las formas en que se han visto frustradas las visiones tanto de Adams como de Jefferson ilustran una de las ideas generales que tiene Wood sobre el valor de la historia. “La historia es una disciplina conservadora en la que la única lección que surge de ella es que nada nunca funciona como se esperaba”, dice. “Por eso Nietzsche decía que si se quiere ser jinete hay que olvidarse de la historia porque entorpece, llena de dudas”.

Hoy en día la historia podría enseñar a los partisanos de ambos bandos que sus ideas son menos radicales de lo que creen, que la República de Estados Unidos es más fuerte de lo que temen y que las divisiones del país son más superables de lo que imaginan. En un momento en el que los historiadores serios resultan cada vez menos capaces de llegar a un público amplio, los estadounidenses tienen cosas peores que hacer que regurgitar las lecciones de Gordon Wood.

